

Que el corazón mil veces me has abierto,
Sin hallar contra ti defensa en nada.
Mas de con voz humilde y color muerto
Confesarme á la clara por rendido.
Cualque región desierta y apartada
Buscar quisiera agora, que gastada
La fuerza siento y el cabello cano,
Por huir de tu mano;

Que entre el fuerte escuadrón que su bandera
Sigue, un soldado flaco ¿qué honra espera?

Mas, ¡ay triste! ¿dó iré? Que por doquiera,
O por la húmeda mar ó seca arena
Tomado tiene el paso Amor primero;
Doquiera el fuego luce, el arco suena,
Y veo contra mí la punta-fiera,
De cuyo golpe guarecer no espero;
Que el blanco es cierto y el tirador certero.
Mas ¿qué sirve, si el tiempo ha ya secado
Mi vigor y agostado,
Como yerba que al sol su fuerza pierde,
Y solo en mí el deseo queda verde?

Tiempo fué cuando osé, de amor vencido,
Delante alguna bella y desdenosa
Presentar mis querellas y tormento;
Hallé una voluntad blanda, amorosa
Debajo del desden, y convertido
Mi dolor y mi pena fué en contento.
Mas ¿quién oirá de hoy mas mi triste acento?
Quién no condenará una edad cansada
De nuevo enamorada?

La voz está ya ronca y los sentidos,
Como culebra, al hierro entorpecidos.
Torname aquel vigor que el tiempo avaro
Robó veloz, y torna la viveza
Que me alentaba, y tiene este cabello
Cual fué primero, porque en la corteza
El mal secreto no se muestre claro;
Y si soy tuyo, haz que pueda sello,
Que no huya la guerra, antes en ello
El no poder me duele. Mas mi suerte
Si no es ya para el fuerte
Oficio tuyo, libertad te pido;
Yo viviré, serás tú bien servido.

El invierno y las nubes de mi vida
Solo te quitó amor, y aqueste hielo
De tus llamas y ardor tan diferente.
No se debe pesar si el débil vuelo
Convierto á mejor nido, pues seguida
Ha sido ya de mí tan luengamente
Tu vida amarga y dulce juntamente,
Que justo es ya que sea libertado
Un esclavo cansado,
Siquiera á la vejez, y así es costumbre
Donde se vea nobleza y mansedumbre.
Mas pues que amor ningún consejo quiere,
Síguele adonde fuere,
Breve canción, y ante mí bien presenta
El continuo dolor que me atormenta.

IMITACION DE DIVERSOS.

Vuestra tirana exención
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujeción.
Vivid esquiva y exenta,
Que á mí cuenta
Vos serviréis al amor
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.
Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre;
Cuando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo, que vuela, helare
Esa fresca y linda rosa;
Cuando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,

Sentiréis qué es padecer,
Querer y no ser querida;
Diréis con dolor, Señora,
Cada hora:

« Quien tuviera, ¡ay sin ventura!
O agora aquella hermosura,
O entonces el amor de hora »

A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfia
Dejaréis en aquel día
Alegres y bien vengadas;
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
de quien no sigue su bando.

¡Ay! Por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.
Y pues no menos discreta
Y perfeta

Sois que bella y desdenosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
Con ley dulce eternamente,
Y ¿quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo
Da movimiento y viveza
A la belleza

El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.

¿Qué vale el beber en oro;
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado
Y los montes del tesoro?
Y ¿qué vale, si á derecho
Os da pecho

El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, Señora,
En el solo y frio lecho?

IMITACION DEL PETRARCA.

Mi trabajoso día
Hacia la tarde un poco declinaba,
Y libre ya del grave mal pasado,
Las fuerzas recogía,
Cuando (sin entender quién me llamaba)
A la entrada me hallé de un verde prado,
De flores mil sembrado,
Obra do se extremó naturaleza,
El suave olor, la no vista belleza
Me convidó á poner allí mi asiento.
¡Ay triste! que al momento
La flor quedó marchita,
Y mi gozo tornó en pena infinita.

De labor peregrina
Una casa real vi, cual labrada
Ninguna fué jamás por sábio moro.
El muro plata fina,
De perlas y rubies era la entrada,
La torre de marfil, el techo de oro;
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubria,
Y dentro una dulcísima armonía
Sonaba, que me puso en esperanza
De eterna bienandanza.
Entré, que no debiera;
Hallé por paraíso cárcel fiera.

Cercada de frescura,
Mas clara que el cristal hallé una fuente.
En un lugar secreto y deleitoso
De entre una peña dura
Nació, y murmurando dulcemente
Con su correr hacía el campo hermoso.
Yo, todo deseoso,
Lancéme por beber. ¡Ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego;

Alargo enfermo el paso, y vuelvo, cuanto
Alargo el paso, atrás el pensamiento.
No vuelvo, que antes siempre miro atento
La causa de mi gozo y de mi llanto.

Allí estoy firme y quedo; mas en tanto,
Llevado del contrario movimiento
(Cual hace el extendido en el tormento),
Padezco fiero mal, fiero quebranto.
En partes pues diversas dividida
El alma, por huir tan cruda pena
Desea dar ya al suelo estos despojos.
Gimé, suspira y llora dividida,
Y en medio del llorar solo esto suena:
¿Cuándo volveré, Nise, á ver tus ojos?

Agora con la aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico nudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.
Agora vuelta al cielo pura y santa,
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.
Ansi digo, y del dulce error llevado,
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego vuelve en sí el engañado
Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento!
Oh celestial saber, oh gracia pura,
Oh de valor dotado y de dulzura,
Pecho real, honesto pensamiento.
¡Oh luces, del amor querido asiento,
Oh boca donde vive la hermosura,
Oh habla suavísima, oh figura
Angélica, oh mano, oh sábio acento!
Quien tiene en solo vos atesorado
Su gozo y vida alegre da y su consuelo,
Su bienaventura y rica suerte,
Cuando de vos se viere desterrado,
¡Ay! ¿qué le quedará sino es recelo,
Y noche y amargor y llanto y muerte?

Después que no descubren su lucero
Mis ojos lagrimosos noche y día,
Llevado del error, sin vela y guía,
Navego por un mar amargo y fiero.
El deseo, la ausencia, el carnicero
Recelo, y de la ciega fantasía
Las olas muy furiosas á porfia
Me llegan al peligro postrimero.
Aquí una voz me dice cobre aliento,
Señora, con la fe que me habeis dado,
Y en mil y mil maneras repetido;
Mas ¿cuánto desto allá llevado ha el viento?
Respondo, y á las olas entregado,
El puerto desespero, el hondo pido.

GEORGICA PRIMERA DE VIRGILIO.

Lo que fecunda el campo, el conviniente
Romper del duro suelo, el sazonado
Juntar la vid al olmo, y juntamente
Cómo se cura el buey, cómo el ganado,
Y de la escasa abeja diligente
Su industria y saber mucho no enseñado,
Aquí. Mecénas claro, comenzando
Por órden cada cosa, iré cantando.
Oh vos, lumbreras claras de la vida,
Que el año producís andando el cielo,
Alma Ceres y Baco, si en florida
Espiga por don vuestro mudó el suelo

Y por mayor dolor el cristalino
Curso mudó el camino,
Que causa que muriendo
Agora viva, en sed y pena ardiendo.
De blanco y colorado
Una paloma y de oro matizada,
La mas bella y mas blanca que se vido,
Me vino mansa al lado,
Cual una de las dos por quien guiada
La rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.
¡Ay! Yo, de amor vencido,
En el seno la puse, que al instante
En mi pecho lanzó el pico tajante,
Y me robó, cruel, el alma y vida;
Y luego convertida
En águila, alzó el vuelo;
Quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Al fin vi una doncella
Con semblante real, de gracia lleno,
De amor rico tesoro y de hermosura.
Puesto delante della,
Humilde le ofrecí, abierto el seno,
Mi corazón y vida con fe pura.
¡Ay! ¿cuán poco el bien dura!
Alegre lo tomé, y dejó bañada
Mi alma de placer; mas luego airada,
De mí se retiró por tal manera,
Como si no tuviera
En su poder mi suerte.
¡Ay dura vida! Ay perezosa muerte!
Cancion, estas visiones
Ponen en mí encendida
Ansia de fenecer tan triste vida.

DEL BEMBO.

Señor, aquel amor por quien forzado,
Muriendo, de mí mal hiciste enmienda,
Nos libre de tu ira y nos defienda.
Mira, Padre amoroso,
Cuánto es tenaz esta mundana liga,
Y cómo el engañoso
Contrario con mil lazos nos obliga,
Y el dulce con que cubre su enemiga;
Por donde, si acontece que nos prenda,
Tu blanda piedad á esto atienda.
¿Quién hay que no confiese,
Señor, que son sin fin nuestras maldades?
Mas si culpa no hubiese,
¿Adó demostrarías tus piedades?
¿En qué relucirían tus bondades?
Las cuales porque el hombre las entienda,
No tomes á despecho que te ofenda.
Tú, Padre, nos lanzaste
En este mar, y tú nos saca á puerto.
Y si ya nos amaste
Cuando el suelo te tuvo vivo y muerto,
Amanos también hora, y nuestro tuerto
A tu dulce perdon no ponga rienda,
Mas siempre mas copioso en nos decienda.

SONETOS.

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
Adonde no llegó ni el pensamiento,
Mas toda esta grandeza de contento
Me turba y entristece este cuidado;
Que temo que no venga derrocado
Al suelo por faltarle fundamento;
Que lo que en breve sube en alto asiento,
Suele desfallecer apresurado.
Mas luego me consuela y asegura
El ver que soy, señora ilustre, obra
De vuestra sola gracia, y que en vos fio.
Porque conservaréis vuestra hechura,
Mis faltas supliréis con vuestra sobra,
Y vuestro bien hará durable el mio.

La primera bellota, y la bebida
Con las balladas uvas perdió el hielo;
Y vos, dioses propicios del aldea,
Venid, faunos, adó mi voz desea.
Venid, faunos, venid, coro lucido
De driadas, pues vuestros dones canto;
Y tú, Neptuno, aquí en el campo herido
Con el grande tridente, con espanto
El caballo produjo; y del florido
Bosque el cultivador, y de otro, canto,
De novillos pastor tres veces ciento,
Que pacen de la Cea el grueso asiento.
Y tú, pastor de ovejas, Pan, dejados
Tus bosques y tus valles de Liceo,
Si son de ti tus Ménalos ya armados,
Ven presto favorable aquí, oh Tegeo;
Y tú, Minerva, ven, que a los collados,
La gruesa oliva hallando, diste arreo,
Y el mozo inventor del corvo arado,
Y del ciprés entero por cayado.
Y los dioses y diosas igualmente,
Cuanto teneis por obra y por oficio
La guarda de los campos juntamente;
Aquellos que con vuestro beneficio
Las mieses levantais no sin simiente,
Y aquellos que enviais del edificio
Del cielo, para el bien de los sembrados,
Largos hilos de lluvia derramados.
Y finalmente tú, de quien se duda
A cuál divinidad serás alzado,
O si de lo terreno, que se muda,
Querrás y de tu Roma el gran cuidado;
De arte que colgada de tu ayuda
La redondez te adore, coronado
Con el materno mirto frente y sienas,
Señor del aire y campo y de sus bienes.
Oh si fueres del mar por Dios tenido,
Y a ti solo adorare el marinero,
Y túle lo postrer de lo sabido,
Y diere por ti Teti el mar entero,
Por ti para su yerno, ó añadido
A los meses tardios por lucero
En el lugar que está desocupado,
Entre Virgo y las Gelas asentado.
Que si lo miras, ya para tu asiento
Los brazos encogió el Escorpio ardiente,
Y mas de la mitad con miramiento
Te deja de su silla reluciente.
Pues, ó te venga desto mas contento,
O seas el que fueres finalmente
(Que no te esperará rey del infierno,
Ni tú desearás tan mal gobierno,
Aunque el Eliseo campo Grecia admire,
Y Proserpina huya, demandada
Volverse con su madre), así que inspire
En mi tu deidad, apiadada
Del labrador, que ignora por dó tire,
Y da favor á aquesta empresa osada.
Ven pues, y desde luego acostumbrado
Aprende como Dios ser invocado.
En el verano nuevo, cuando el frio
Humor, en alta sierra desatado,
Deciende convertido en largo rio,
Y el campo, con el céfiro alentado,
El seno alfoja que cerraba el frio,
Al punto gima el buey con el arado,
Hincándolo, y la reja, de gastada,
Con el arar relumbre como espada.
Aquella mies sin duda corresponde
Con lo que siempre el labrador desea,
Que en dos tiempos el hielo en sí la esconde,
Y en dos tiempos el sol la ve y recrea;
Sus frutos las pauceras rompen, donde
Se encierran. Mas tu estudio y vela sea,
Antes de abrir con reja el nuevo suelo,
Las mañas conocer del viento y cielo.
Los vientos, y los modos diferentes
Del aire y sus diversas calidades;
Lo propio de las tierras, las simientes
Que huyen ó á quién hacen amistades;
Que aquí se dan los trigos, las ardientes
Uvas mejor allí, las variedades

De frutas hallan dicha en otra parte,
Y lo que sin cultura nace y arte.
¿No ves por ventura cómo envia
Cilicia su azafran, el indio fiero
Nos da el rico marfil, y cómo cria
Encienso el viciosísimo Sabeo,
Y los calibes dan hierro, y porfia
El Ponto el venenoso castoreo,
Y Epiro en dar las yeguas tiene gloria,
Que en Elis se aventajan con vitoria?
Que luego en el principio divididas,
La suya á su lugar naturaleza,
Aquestas leyes puso establecidas
Con liga y nudo eterno de firmeza;
Luego cuando las piedras esparcidas
Lanzó Bencalion por la grandeza
Del yermo suelo y tierra espaciosa,
De do los hombres nacen, dura cosa.
Así que, como digo, el mes primero
Del año el fuerte buey con el arado
Trastorne el fértil suelo, porque quiero
Que cueza con su ardor el quebrantado
Terron el seco estiyo; y si es ligero
El campo, á la ligera sea tocado;
Allí porque no ahogue yerba el trigo,
Aquí porque no espire el jugo amigo.
Tambien harás que á veces repartido
Goce el segado campo de reposo,
Y que por luego espacio entorpecido
Con moho se endurezca el perezoso,
O sembrarás cebada allí, venido
Su tiempo, de do en vaina sonoro
O coges el legumbre, ó fue arrancada
De do por tí la abeja delicada,
O de donde sacaste del lupino
Triste la caña flaca vocinglera.
Mas quema, adonde nace, el campo el lino,
Y la bañada en sueño dormidera
Le quema, y las avenas. El contino
Uso trocando así, pues se aligera,
Con tal que sin émpacho ni recelo
Hartes de estiércol grueso el flaco suelo.
De estiércol y ceniza torpe, inmunda,
Esparce largo el campo adelgazado,
Que así y mudando esquilmo se fecunda
La tierra. Y no es ninguna del no arado
Suelo la utilidad. A la infecunda
Haza provecho á veces ha causado
Quemarla, y que al rastrojo seco asido,
Corra abrasando el fuego y dé estallido.
O porque así se esfuerza ocultamente
Y mas se engruesa el campo, ó porque luego
Quemado, lo vicioso totalmente
Perece, y suda el daño con el fuego,
O porque aquel ardor eficazmente
Descubre mas caminos, y lo ciego
Relaja de los poros, por do venga
El jugo á lo sembrado, y lo mantenga.
O es porque endurece el fuego al suelo,
Y aprieta mas las venas desatadas,
A que ni recios soles, ni del cielo
Las lluvias menudas enviadas,
Ni el cierzo penetrable, envuelto en hielo,
Le abraza. Y mas sirve á las aradas
Quien rompe los terrones descuidados,
Con puntas y con zarzos arrastrados.
No mira al que esto hace del dorado
Cielo la roja Ceres sin provecho,
Ni menos al que al brazo atravesado
Los lomos que alzó arando en el barbecho
Los corta de través con el arado,
Y al sesgo, diligente, y al derecho
La tierra sin cesar desasosiaga,
Y doma y trae sujeta así la vega.
Húmedos equinocios, frios, serenos,
Labradores pedid, que el polvoroso
Hielo da ricos panes, hace amenos
Prados, y si presume de abundoso
El suelo de la Frigia, y sus llenos
Campos admira el Gárgaro gozoso,
Destá sazón de tiempo mas le viene
Que de cuanta cultura y labor tiene.

¿Qué diré del que luego que ha esparcido
La simiente, prosigue, y de la arena
Flaca lo amontonado y mal asido
Deshace, y que despues con larga vena
Del agua que le sigue, el esparcido
Campo bana, y lo mesmo cuando pena
Y hierve el abrasado suelo ardiendo,
Y sus yerbas, que en él se están muriendo,
Al punto de la altura recostada
Abre camino al agua, que cayendo
Hierre las lisas piedras, y encontrada,
Ronco mormullo mueve, y tiembla yendo
La tierra abierta y seca, de abrasada;
Y del que en yerba el vicio va paciendo
De las mieses que igualan las aradas,
Porque despues no se echen de granadas?
¿Del que el humor, en lagos recogido,
Con bebedora arena lo destierra?
El rio mayormente si salido
De madre, y largamente por la tierra
En los inciertos meses extendido,
Con cieno, que dejó, la ocupa y cierra,
Por do las anchas fosas llenas sudan
Con aguas que estantias no se mudan.
Y (no's dado que el hombre y buey á una,
Cultivando la tierra y trabajando,
Hayan aquesto hecho) no es ninguna
La ofensa que el mal ansar hace andando,
Y las grullas de Tracia, y la importuna
Indivia los sembrados enredando
Con sus amargas hebras, ni es velleño
Las sombras á los panes muy pequeño.
Que el mismo Padre eterno quiso en parte
No fuese la labranza del barbecho
Fácil, y tué el primero que con arte
Los campos meneó, porque de hecho
El cuidado forzoso fuese parte
Para aguzar el torpe humano pecho;
No consintiendo que su monarquía
Se entorpeciese con pereza fria.
Porque ante de su reino por ninguno
El campo ni fue arado ni mollido,
Ni el señalar con lindes cada uno
Su parte, ó el dividir fue permitido;
Servian al comun sin miedo alguno,
La tierra daba fruto no pedido.
El ansimismo puso mal veneno
A las serpientes negras en el seno.
Elles mandó á los lobos que salteen,
Al mar que se levante, y sacudida
Quiso que miel las hojas no goteen,
Y del la luz del fuego fue escondida;
Los vinos que corrian no se veen,
Que fue por él su vena reprimida,
Para que imaginando el uso, hiciese
Las artes poco a poco, y las puliese.
Y para que buscarse el trigo arando,
Y para que del seno el escondido
Fuego, á los perdenales golpeando,
Sacase. Allí primero fue sentido
El harco de los rios, y allí cuando
Redujo á cierta suma, y su apellido
Compuso á cada estrella el marinero,
Osas, Virgílias, Híadas, Lucero.
Y entonces se inventó el cazar las fieras
Con lazos y con ligas engañosas,
El enredar las aves, y las fieras
Selvas cercar con canes. Las undosas
Mares con redes largas, barrederas,
El uno escudriñaba y con undosas
Mangas, el otro, hiriendo á su albedrio,
El hondo penetró del ancho rio.
Y entonces el rigor del hierro vino,
Y fue la cortadora sierra hallada,
Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,
Fácil para él hender la edad dorada.
Nacieron muchas artes; que el contino
Trabajo pertinaz y la apretada
Falta, que en lo preciso no reposa,
Todo lo sobrepuja poderosa.
Céres los enseñó á romper la tierra
Con hierro, cuando ya casi faltaba

Bellota en el sagrado monte y sierra,
Y la comida Epiro nos negaba;
Mas luego al pan le vino nueva guerra,
La nubla dañadora, que gastaba
La espiga, y el baldío y desechado
Cardo, que se erizaba en el sembrado.
Ahogase las mieses, sube y crece
Selva desagradable, abrojo, espina,
Y en lo que cultivado resplandece
Reina la grama inútil, la maligna
Avena; y si tu mano desfallece
En perseguir con rastro á la continua
Al campo, y si no espantas con ruido
Las aves, ó con honda y estallido;
Si no estrechares tú con podadera
Las sombras del umbroso y negro suelo,
Si en el otoño y en la primavera
Con votos no pidieres agua al cielo,
En vano ¡ay! los montones de la era
Ajena mirarás, y tu consuelo,
Con que consolarás tu merecida
Hambre, será la encina sacudida.
Tambien nos convendrá que dicho quede
Qué armas ha de usar el esforzado
Rústico, sin las cuales no se puede
Sembrar ni mejorar lo ya sembrado.
La reja es lo primero, y le sucede
El roble del muy grande y corvo arado,
La carreta de Ceres Eleusina,
Que despacio volviéndose camina.
Los trillos, las rastreras, los pesados
Rastros desigualmente, los tejidos
Gestos, alhajas viles, los trabados
Zarzos de rama y mimbre, los debidos
Harneros al dios Baco, que juntos
Con acuerdo tendrás y apercebidos
De antes todos estos, si la amada
Gloria del fértil campo te es guardada.
Con tiempo allá en la selva retorcido
Con fuerza valentísima es domado
El olmo para cama, y costrenido
Recibe forma en sí de corvo arado;
De allí por ocho piés sale extendido
Derecho así el timon, y cada lado
Su oreja y su dental, y de antemano
Se corte al yugo el tejo bien liviano.
El tejo y la alta haya, y juntamente
La esteva se apareje, que plantada
Detrás en el arado, prestamente
Vuelva las bajas ruedas; y colgada
La leña dura en el hogar caliente,
Allí será del humo examinada.
Y puedes decir otras mil cosas,
Que los ancianos mandan, provechosas.
Mil cosas, si te place estar atento,
Y tan menuda cuenta no es penosa.
La era, lo primero, de cimienta
Trastórnala, y con greda pegajosa
Macizala despues, y desde el centro
Por toda alrededor con poderosa
Y bien rolliza piedra así rodando,
Lo desigual del suelo irás quitando.
Porque no nazcan yerbas, ni hendida,
El polvo en ella reine, ocasionada
A ser de mil trabajos ofendida;
Que á veces hace en ella su morada,
Y su troje el raton, y su manida
El topo ciego pone allí cavada,
Y el sapo allí se halla cada día,
Y cuanta sabandija el suelo cria;
Y á veces el gorgojo atala y gasta
Grande monton de trigo, y la hormiga
Ensila mucho mas de lo que basta,
Temiendo la vejez pobre y mendiga;
Que si tu diligencia no contrasta
Mil daños amenazan á la espiga;
Y atenderás tambien, si te es gustoso,
Adivinar lo estéril, lo abundoso.
Atiende cuando en flor la almendrerá
Se viste por el campo, y de florida
Las ramas encorvare; la panera,
Si el fruto viene á colmo, enriquecida

Será por un igual, y grande era
Verás con gran calor; mas si caída
La flor se fuere en hoja, muy menguadas
Espigas trillarás y mal granadas.

Y visto he yo que muchos sembradores
Los granos medicinan, y primero
Con alpechin los bañan, con licores
Otros, para que el fruto mas entero
Hincha la falsa vaina, y los ardores
Del fuego, aunque pequeño, mas ligero
Los cuezan y enmollezcan, y aun he vido
El trigo desdeñir muy escogido.

He visto que despues de gran cuidado
Desdice poco á poco, si el humano
Velar en cada un año lo granado
No escoge y lo mejor con propia mano;
Que así por ley en todo la criado
Descae y vuelve atrás el ser liviano,
Y vienes empeorando de continuo
A estado menos bueno y menos dino.

No de otra forma y modo que acontece
Al que con remo y fuerza apenas lleva
El barco la agua arriba, si enflaquece
Y si de cuanto puede no hace prueba,
Si acaso el brazo afloja y desfallece,
Y la randa corriente se le lleva
Al punto en pos de si arrebatado,
Y como cuesta abajo despenado.

Y allende desto, importa el tener cuenta
(Tanto á nosotros como al marinero
Que el Ponto y que el estrecho ávido tienta,
Llevado por el mar ventoso y fiero
Al patrio y dulce nido, donde asienta)
Con el Arcturo y con el Carretero,
Sus cabras y su dia, y juntamente
Con la culebra anstral resplandeciente.

Cuando la Libra iguales horas diere
Al sueño y á la vela, y justamente
La redondez por medio dividiere
Entre la noche y luz, el buey valiente
Traed á la melena, y por do fuere
Con mano, oh labradores, diligente
Esparcid las cebadas hasta cuando
Lo crudo del invierno venga helando.

Y por el mismo modo es apropiado
Tiempo para entregar el lino al suelo,
Y de la dormidera el delicado
Grano á la santa Ceres sin recelo.
Cuando está seco el campo, y el nublado
Alto y suspenso se anda por el cielo;
Mas de habas es la sementera
Cuando aparece ya la primavera.

Y á ti tambien, alfalfa, los llovidos
Sulcos te acogerán bien en su seno,
Y al mijo en cada un año sus debidos
Cuidados sazón viene y tiempo bueno,
Cuando ya el blanco toro con lucidos
Cuernos del año bueno y del sereno
Aire la puerta abriendo, y se pusiere
El Can contraria estrella, y le cediere.

Empero si labreres para el trigo
Las tierras, ó si para las cebadas,
Y fueres de los panes sólo amigo,
Primero se te escondan las llamadas
Virgalias, y primero (como digo)
Se escondan la corona, que entregadas
Al sulco las simientes le confies,
Y al suelo sin sazón tu año fies.

Que muchos comenzaron no caída
La maya, mas al fin la espiga vana
Burló sus esperanzas. Si esparcida
La arveja ó vil faselo, y la gitana
Lenteja fuere en precio de ti habida,
Su tiempo te dirá y su sazón sana
Sus rayos el Bootes cobijando;
Comienza, y llega al hielo así sembrando.

Que por aqueste fin del sol dorado
La redondez del cielo dividida,
Con número medido y limitado
Por doce claros signos es regida
Y en cinco zonas todo está cortado;
La una de las cuales encendida

La tiene de continuo el sol presente,
Y el fuego que la tuesta eternamente.
De aquesta al rededor las dos postreras
Por la siniestra y por la diestra mano
Se extienden verde y negras con las fieras
Lluvias, con el rigor del hielo insano;
Y entre esta y la media van dos veras,
Dadas por don al hombre soberano,
Y en ambas al través hecho el camino
Por do los signos andan de continuo.

Que cuanto se levanta el cielo alzado
Encima los alcázares rifeos,
Tanto se va sumiendo, y recostado
Hacia el Abrego y Libia y los guineos.
Aqueste quicio vemos ensalzado;
Debajo de los pies aquel los feos
Y hondos infernales; el Cerbero
Le ve, y del negro lago el mal barquero.

Aquí va dando vueltas la serpiente
Grandísima, á manera de un gran rio,
Por entre las dos osas reluciente;
Las osas, que en la mar nunca el pié frio
Lanzaron; mas allí continuamente
Que es calma dicen todo y estantío,
En noche profundísima espesando
Lo oscuro las tnieblas, y engrosando.

O dicen que la aurora despedida
De aquí los lleva el dia, y al momento
Que torna á descubrirsenos nacida,
Y que de sus caballos el aliento
Nos toca, de la tarde la lucida
Estrella allí con presto movimiento
Sus luces les enciende, por manera
Que el cielo nos enseña verdadera.

Enseña que nos dice sin engaño
Del aire las mudanzas revoltoso,
La mies, la sementera, y cuando el año
Concede dar el remo al mar undoso;
Cuando se puede al agua echar sin daño
La nave, y cuando el pino poderoso
Con su sazón debida viene á tierra,
Cortado en la fragosa y alta sierra.

Así que, no es sin fruto tener cuenta
En ver si nace el signo, si se pone,
Y el año que con una y justa cuenta
De cuatro tiempos varios se compone.
Si fuere que la lluvia no consienta
Salir al labrador, no se perdona
De hacer mil cosas, que la nube huida,
Convienen y se hacen de corrida.

Que el labrador la reja allí embotada
Afila de su espacio, y cava el leño
En barco, ó si le place, á su manada
Almagra, y el monton grande ó pequeño
A cuenta le reduce, es agnizada
La horca de dos puntas, alza el dueño
El roto valladar, allí se apresta
Lo que la vid caediza tiene enhiesta.

Entonces con los mimbres es tejido
El fácil canastillo, tuesta el fuego
Entonces las espigas, y es molido
El grano con la piedra; y al sosiego
Santo el hacer tambien le es permitido
Por ley algunas obras, porque el riego
No hay fiesta que lo vede, ni es vedado
Cercar con valladares el sembrado.

Ni menos el armar al ave engaño,
Ni el encender los cardos, ni el roñoso
Ganado cabriller en fresco baño;
Y á veces sobrepone al espacioso
Asnillo el labrador, conforme al año,
Aceite ó vil manzana, y va, y gozoso
Lo torna del mercado á su morada
Con pez ó cualquier piedra aderezada.

Y para el trabajar tambien la luna
A dias es feliz en su carrera.
Huye su quinta luz, en quien á una
Tesifone nacieron y Meguera,
Y el Orco verdinegro y la laguna,
Y en tal dia la tierra lanzó afuera
Con parto abominable á Tifoeo,
A Japeto, Porfiria, Reto, Coeo.

En tal produjo infelicemente
A todos los hermanos conjurados
De dar asalto al cielo osadamente.
Tres veces procuraron levantados
Sobreponer al Pelio el eminente
Osa y Olimpo, y fueron derrocados
Tres veces con el rayo soberano
Los montes, que el furor alzaba en vano.

Empero es felicísimo el sereno
Que al décimo sucede, en poner vides,
En el domar los bueyes, y es muy bueno
Para tejer lo urdido; y si partides
De vuestra casa, el propio es el noveno,
Aunque es malo á los hurtos y á sus lides,
Y á cosas es mejor la noche fria,
O cuando al alba el suelo se rocía.

De noche muy mejor la paja leve,
De noche mejor mucho el seco prado
Se corta, que á las noches se les debe
Un correoso humor; y desvelado
A los candiles largos del sol breve,
Con hierro aguja alguno delicado
La tea, y su mujer, que tambien vela,
Corre la lanzadera por la tela.

Corre por el telar, y engaña el duro
Y luengo trabajar así cantando,
O cuece el dulce mosto al fuego puro,
El cobre hirviendo á tiempos espumando.
Mas el estío al trigo ya maduro
La hoz aguda aplica, y volteando
En la espaciosa era, son trilladas
Las mieses, del calor del sol tostadas.

Ara cuando se puede arar desnudo,
Y siembra por el mismo modo y arte,
Que el tiempo del invierno es como nudo
Que ata al labrador la mano y arte;
Que cuando reina el frio y hielo crudo,
Los labradores por la mayor parte
Gozan de lo allegado, y juntamente
A veces se convidan dulcemente.

Convidalos á ello el tiempo helado,
Hecho para el regajo, y que del pecho
Desata las congojas y cuidado;
Como cuando con viento al fin derecho
Entran en el puerto dulce y deseado,
Cargados los navios de provecho,
Alegres, con laurel los marineros
Coronan á los árboles veleros.

Bien tal que es propio á la cosecha
Del roble y laurel y verde oliva
Y del sangriento mirto, y que aprovecha
Para enredar la grulla fugitiva,
Para poner al ciervo en red estrecha,
Seguir la fiebre, herir la corza esquivada
Con honda que estallide, en cuanto al suelo
La nieve cubre, al rio enfrena el hielo.

¿Qué diré del otoño y su mudanza,
Ya cuando van los dias de corrida,
Lo que se ha de velar en la labranza;
Y cuando va el verano de vencida,
Y cuando por los campos la mies lanza,
Y eriza sus espigas conmovida,
Y en las cañas los granos, ya cuajados
De leche, se demuestran muy hinchados?

Que he visto yo en la misma siega, y cuando
Llamaba el labrador los segadores,
De mil contrarios vientos, batallando,
Venir las guerras todas y furoras,
Que de raíz las mieses arrancando
Enteras, por los aires voladores
Subieron, y llevó la caña el grano,
Envuelta en torbellino, el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo
De agua innumerable un golpe fiero,
Y las nubes derraman sobre el suelo
(Que el ciervo amontonara) un mar entero;
Húndese el alto cielo, y lo que al hielo
Y al sol labrara el buey, el aguacero
Lo anega, y quedan llenos los fosados;
Los rios resonando van hinchados.

Crecen los hondos rios, todo el llano
Con olas hervorosas bulle, y luego

Del nublado tenebroso la alta mano
Lanza tronando rayos hechos fuego,
Con que la tierra tiembla, con que en vano
Las alimañas huyen, con que el ciego
Y abatido pavor generalmente
Los ánimos humilla de la gente.
Mas él con tiro ardiente, fervoroso,
O las Ceraunias puntas encumbradas,
O el Ródope ó el Ato montuoso

Derrueca, y luego al punto desplegadas
Sus alas, se redobla furioso
El Abrego, y la lluvia (desatada
Las nubes) espesísima, al crecido
Viento la playa y bosques dan bramido.

Pues con recelo desto pon cuidado
En advertir los meses, las estrellas,
Los sinos do se asconde el viejo helado,
Y adó el Cilenio esparce sus centellas.
Mas sobre todo, da lo situado
A las diosas y á Ceres, grande entre ellas,
A quien festejarás con larga mano,
Fenecido el invierno, en el verano.

En las primeras yerbas santo ofrece,
Cuando se viste el campo de hermosura.
Entonces el cordero es gordo y crece,
Al sueño baña entonces la dulzura,
Entonces ya cocido se enmollece
El vino, y de la sombra la espesura
Entonce es agradable en la montaña,
Entonces pues tu rústica campaña.

Adore pues á Ceres lo aldeano,
Y tú el panal le mezcla y leche y vino,
Y la dichosa hostia vaya á mano
Tres veces de las mieses el camino;
La gente le acompañe y coro ufano,
Y llame á si con voces de continuo
A Ceres, y ninguno sea osado
La hoz meter primero en lo sembrado.

La hoz en las espigas, si primero
De encima coronado no dijere
A Ceres su cantar, y placentero
Con saltos descompuestos la sirviere.
Y porque con indicio verdadero
Podamos conocer lo que viniere,
Las lluvias, los calores, los estios,
Los vientos, que producen hielo y frios,

El cielo estatuyó lo que la luna
Nos dice, que por meses se renueva,
Que signo aplica el viento, y lo que una
Y muchas veces visto, es cierta prueba
Para que el labrador por ley ninguna
De la cabana lueñe al hato nueva,
Mas junto al derredor de su morada
Apaste receloso su manada.

Que yendo ya los vientos á alterarse,
Las costas de los mares conmovidos
Comienzan enojadas á hincharse,
Y se oyen por las sierras estallidos;
Resuenan las riberas, que turbarse
Empiezan, ó se espesan los ruidos
Del bosque y sus murmullos de hora en hora,
Indicios de la fuerza movedora.

Y apenas ya las olas se contienen
De hacer á los navios guerra fiera,
Cuando del mar sus cuervos prestos vienen,
Trayendo vocería, á la ribera;
Y cuando las cercetas se detienen
Y espacian por lo seco y la junquera,
Y los sabidos lagos olvidando,
La garza sobre el nublado va volando.

Y vemos muchas veces los cometas,
Si vientos se aparejan, derrocarse
Del cielo, y de sus llamas luengas velas,
En pos de sí luciendo, señalarse
Por las oscuras noches y secretas;
Y muchas revolando levantarse
Las pajas y las hojas ya caídas,
Y plumas sobre el agua andar movidas.

Mas si fulmina de do el ciervo aspira,
Si truena donde el Euro vive y mora,
Cuanto del prado y campo el cielo mira,
Anda nadando todo en breve hora,

Y todo marinero en la mar tira
Las velas hechas agua, y las mejora;
Mas nunca por faltarles el aviso
La lluvia ofende al hombre de improviso;
Porque ó la grulla luego, alzando el vuelo,
Como el vapor del valle se levanta,
Le huye, ó la becerra, vuelta al cielo,
Atrae el aire á sí, ó suena y canta
La rana en el charcal su antiguo duelo,
O vuela, y no se cansa ni quebranta
De andar cercando el lago á la continua,
Mil veces la parlera golondrina.

También del mar mil aves diferentes,
Y las que en torno de los asios prados
Los lagos escudriñan diligentes,
Los lagos del Caistro no salados,
Verás como á porfia hombros, frentes
Se esparcen y rocian, y en los vados
Ya corren, ya se sumen, y así en vano
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja también llama
La lluvia con voz llena, y se pasea
A solas por la arena y por la llama
Del sucio y vil candil, si centellea;
Las siervas, que mandadas de su ama,
Velan de noche y hilan su tarea,
Conocen el llover, porque producen
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,
Llovido, colegir lo raso y puro;
Que ni en los celestiales respaldores
Se muestra la luz bota, el rayo oscuro,
Ni menos en la luna los tenores
Que sigue de su hermano rojo y puro,
Ni andan por el aire derramadas
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni menos en el sol las alas tienden
Los halcones, de la Tetis amados;
No los lechones con la boca entienden
En derramar los baces desatados;
Mas antes á los valles se descienden,
Y en ellos se recuestan rellanados
Los húmidos vapores, y en el techo
Apenas abre la lechuza el pecho,

Apenas viendo que es el sol ya ido,
Canta; y el esmerejon se ve ensalzado,
Altísimo en el aire, y su debido
Paga por el cabello colorado
La ciris, que adó quiera que del nido
Cortando por el cielo va delgado,
La sigue el enemigo crudo y fiero
Con grande estruendo y con volar ligero.

Siguela el esmerejon por donde quiera,
Y ella de la parte do él se avia,
Con ala el aire líquido, ligera
Huyendo, va cortando, y se desvia;
Y sus voces los cuervos ó tercera
O cuarta vez repiten á porfia,
Y á veces en los árboles alzados,
No sé con qué dulzura alborozados,

Alegres mas que suelen travesear
Consigno y con las hojas con ruido,
Y cuando ya las lluvias no gotean
Gustan de reveer su dulce nido
Y sus pequeños hijos. No que sean
Por esto mas divinos en sentido,
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado
Mas cierto ó mas disenso les sea dado;

Sino que cuando el tiempo variable
Y el movedido humor su senda altera,
Y el ábrego con soplo deleznable
Lo raro espesa, ajoja lo que fuera
Espeso, luego aviene que lo instable
Del ánimo se trueca en su manera,
Y siente agora el pecho un movimiento,
Y otro si conduce lluvia el viento.

De aquí vienen aquellos acordados
Cantos que dan las aves gorjeando,
El juego y el placer de los ganados,
Los cuervos con los cuellos pompeando.

Mas si los soles miras presurados,
Las lunas que los siguen rodeando,
Ni el día venidero hará engaño,
Ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio, que su puro
Ardor, que se le torna, va cogiendo,
Si con oscuro cuerno el aire oscuro
Cercare, en sí gran lluvia aperebiendo,
Se va contra la mar y suelo duro;
Mas si se colorare apareciendo,
Es viento, porque al viento la dorada
Luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz (que siempre ha sido
Pronóstico la cuarta verdadero)
Con afilado cuerno y con lucido
Sabiere, y aquel día todo entero,
Y los demás por todo el mes cumplido
Sin vientos lucirán, y el marinero
Dará sus votos salvo en la ribera
A Glauco, á Panopo ó Melicera.

Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra
Sus rayos en las ondas, da señales;
Y el sol en sus señales nunca yerra,
O salga por las puertas orientales,
O láncese debajo de la tierra
Y suba á las estrellas celestiales;
Que lo que señalare el sol divino
Certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en oriente se mostrare
Con manchas esparciere su salida,
Y nube en la mitad de sí encerrare,
Si media redondez así escondida;
No dudes de la lluvia si tardare,
Que ya de golpe viene y de corrida
El Noto despenándose furioso,
A hatos, mieses y árboles dañoso.

Y si por entre el nublado espeso opuesto,
Por partes diferentes descubriere,
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto
La aurora deslucida apareciere,
Del lecho de Titon, de flor compuesto,
La hoja podrá mucho, si pudiere
Las uvas defender, según saltando
Con el granizo, el techo irá sonando.

Y aun es mas de provecho el tener cuenta
Con cuando el sol, pasada su carrera,
Se parte ya del cielo, que presenta
Entonces cada vez de su manera
Su rostro, como vemos; que si alienta
La lluvia, es verdinegro, si la fiera
Pujanza de los euros, tiene luego
Su rostro de color de sangre y fuego.

Y si del claro rostro el ardor puro
Con manchas á mezclarse comenzare,
Verás en un momento el aire oscuro
Hervir en lluvia y viento; y si cerrare
La noche, no será nadie tan duro,
Serálo el que en tal noche me rogare
Correr por la mar alta, puesta en guerra,
Desamarrar la nave de la tierra.

Mas si, y cuando el día el sol conduce,
Y cuando nos asconde el que ha traído,
Su redondez entera y pura luce,
En vano el nublado entonces habrás temido;
Del cierzo, que á pureza le reduce,
Verás la selva y monte ser movido.
Da el sol ciertas señales finalmente
De todo lo que al campo es conveniente.

El te dirá lo que la luz tardía
La estrella de la tarde te acarrea;
El te dirá qué piensa el Mediodía,
El húmido Africano, que desea
Las nubes, de dó el viento, y dónde guía
El hace que se entienda y que se vea;
Que, quien será tan tonto y tan osado,
Que diga que el sol burla y que es burlado?

También el sol avisa á la continua
Los ciegos movimientos que se ordenan,
Las guerras que se emprenden, y adivina
Las fraudes que en secreto se encadenan.
Del César en la muerte el mismo, indina,
Por quien así los hados nos condenan,

Cubrió su luz; temieron los malvados
Siglos en noche eterna ser dejados.
Aunque también entonces, y las tierras
Y los tendidos mares señas dieron,
Las aves importunas y las perras,
Al Etna muchas veces todos vieron
Hervir y rebosar por campo y yerbas,
Rompidas las hornazas que tuvieron
Los Cíclopes, y en bolas hecho el fuego
Lanzar, y piedras hechas polvo luego.

Sonó por todo el aire en Alemania
De armas temeroso y gran sonido,
Tembló mas de lo usado la montaña
De los fragosos Alpes, y fué oído
En los callados bosques son de extraña
Figura, y ya de noche escurecido
Fantasmas fueron vistas, matizadas
Con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales
Lo que no es de decir, el curso el río
Detuvo, abrió el suelo en los umbrales
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frío
Maril, y el Po, venciendo sus canales
Con avenida enorme y desvario,
Las selvas trastornaba, y del egido
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron
Señales de amenaza en la asadura
Que abría el sacrificio, y no cesaron
Los pozos de manar en sangre pura,
Ni las ciudades grandes se excusaron
De oír auillar los lobos por la oscura
Noche, ni en luz seña el cielo y clara
Tantos rayos jamás de sí alcanzara.

Ni tantas veces nunca se encendieron
Los aires con cometas. Y así avino
Que vieron otra vez, los campos vieron
Filipos los romanos, que sin tino
Escuadras contra escuadras concurren;
Ni tuvo el crudo cielo por indino
Que Ematia, por dos veces ¡ay! bañada

Con nuestra sangre, fuese así engrosada.
Será que en algún tiempo trastornando
La tierra el labrador con corvo arado,
Los hierros de los dardos irá ballando,
El hierro del orin casi gastado;
Y en los vacios yelmos arrastrando
Encontrará con el ligon pesado,
Y rotos los sepuleros allí espesos,
Con pasmo mirará los grandes buesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,
Dioses, que traspasastes della al cielo,
Y tú, Remo, y tu, Vesta, á quien es caro
El Tibre turbio y el romano suelo,
Que al menos este mozo alto y raro
Socorra aqueste siglo envuelto en duelo.
No os pese, que ya asaz con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano
De ti nos tiene envidia, y se lamenta
Que mas te ocupes, César, con lo humano,
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,
Do hierve con guerras todo, do el insano
Furor en tantas formas representa,
La esteva no se precia, los sembrados
Se yerman, de cultores despojados.

Llevados los obreros, se ensilvecen,
Las hoces se transforman en espadas,
Los partos de una parte se embravecen,
De otra las Germanias alteradas;
Los pueblos que vecinos mas parecen,
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas;
Esparce por do quiera el Marte crudo
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.

Como cuando del puesto libre extiende
El paso por el campo la cuadrega,
Y cuanto se adelanta, mas se enciende,
Y del correr las alas mas desplega;
Y en balde el cuadreguero tira y tiende
Las riendas, ó le plega ó no le plega,
Llevado de los potros de las ruedas,
Que sordas á los frenos, no están quedas.

LIBRO TERCERO.

En esta postrera parte van las canciones sagradas, en las cuales procuré, cuanto pude, imitar la sencillez de su fuente y un sabor de antigüedad que en si tienen, lleno á mi parecer de dulzura y de majestad. Y nadie debe tener por nuevos ó por ajenos de la Sagrada Escritura los versos, porque antes le son muy propios, y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado en ella muchos hombres grandes en letras y en santidad, que nombrara aquí si no temiera ser muy prolijo. Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesia en nuestros oídos, y que solo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas de noche no sonasen otros cantares, y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha llegado la perdición del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto dellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion. Pero esto ni es mio ni deste lugar.

SALMO PRIMERO.—*Beatus vir.*

Es bienaventurado
Varon el que en concilio malicioso
No anduvo descuidado,
Ni el paso perezhoso
Detuvo del camino peligroso,
Y huye de la silla
De los que mofan la virtud y al bueno,
Y juntos en gavilla,
Arrojan el veneno,
Que anda recogido en lengua y seno;

Mas en la ley divina
Pone su voluntad, su pensamiento,
El día cuando se inclina,
Y el claro movimiento,
Lo oscuro de la noche en ella atento.
Será cual verde planta,
Que á las corrientes aguas asentada,
Al cielo se levanta
Con fruta sazónada,
De hermosas hojas siempre coronada.
Será en todo dichoso,
Seguro de la suerte, que se muda.